

Francia y el problema español

ESTA mañana habrá continuado en la Cámara francesa el debate sobre política exterior. En realidad, la discusión ha girado exclusivamente en torno de la cuestión española, eje de todos los problemas internacionales que preocupan a la opinión francesa. Se trata, en efecto, de una cuestión vital para Francia, pues afecta a la seguridad de sus fronteras y a la defensa de la integridad de su Imperio. Cuando escribimos estas líneas no ha llegado todavía a nuestra Redacción la reseña telegráfica de la sesión de hoy. Ignoramos, pues, si el ministro francés de Negocios Extranjeros o el presidente del Consejo han expuesto ya el criterio del Gobierno. Esperamos conocerlo con algo más que curiosidad. Nos domina una preocupación que rebasa las fronteras de lo español, en las cuales, sin embargo, debiera contenerse nuestro interés y nuestro egoísmo. Mas no podemos ser indiferentes a las consecuencias y repercusiones de nuestro drama, que es sólo nuestro en el día de hoy, pero que mañana puede serlo también de otros. Sin esa perspectiva, no invocaríamos cierto derecho a la solidaridad—nos lo vedaría nuestro orgullo—ni, probablemente, la Cámara francesa hubiera dedicado al problema español tan cuidadosa atención. Lo que en todo momento hemos dicho a nuestros amigos franceses es que se ocupen de la guerra española en tanto es problema para Francia y constituye obligación—y necesidad—suya impedir la intervención extranjera en España. Sobre nuestro pleito interno a nadie hemos pedido ayuda ni parecer. En cuanto a su aspecto internacional, es otra cosa. La política de No Intervención no ha sido nunca pactada con España. Fué objeto de acuerdo, por parte de Francia e Inglaterra, con Alemania e Italia, y si éstas la infringen son aquéllas quienes han de exigir su cumplimiento y asumir la responsabilidad y el esfuerzo de imponerlo.

Al parecer, estas ideas elementales van abriéndose camino en Francia. En su última reunión plenaria, el Comité Ejecutivo del partido radical-socialista pedía al Gobierno—del cual es jefe el propio presidente del partido—que examinase con vigilancia la situación creada por la intervención italiana y su instalación en parte del territorio español, Baleares y Marruecos. En el debate de la Cámara se le ha pedido al Gobierno francés algo más que vigilancia. Se le ha pedido una acción resuelta y enérgica. Ha pasado ya, a juicio de muchos diputados franceses, la hora de la contemplación y la vigilancia. El asunto debe estar ya examinado y cualquier retraso en la decisión puede ser grave para Francia, tanto como para nosotros. El arrepentimiento, después de consumado el daño, serviría para poco. Ni siquiera para salvar la responsabilidad propia alegando la buena fe del propósito, como acaba de hacer el señor Blum, al evocar la caída de Irún y San Sebastián, cuando unas docenas de ametralladoras hubiesen bastado para su defensa. ¡Amargo recuerdo! No llegó el Gobierno republicano del señor Giral a solicitar del Gobierno socialista del señor Blum la entrega de esas docenas de ametralladoras. Hubiera podido hacerlo reclamando un derecho y exigiendo el cumplimiento de un convenio. Se limitó a pedir que se autorizase el tránsito de un puñado de fusiles españoles y municiones, por vía francesa desde la estación de Port-Bou a la de Irún, para que las milicias vascas pudieran defender aquel trozo de frontera. La modesta demanda del Gobierno español fué rechazada. Lo exigía así el acuerdo de No Intervención, que no fué obstáculo, sin embargo, para que Alemania e Italia hiciesen, en aquellos mismos días, enormes envíos de material de guerra a Franco. Cayó Irún y quedó aislada la zona Norte... Los alemanes instalaron sus bases aéreas a lo largo de la frontera francesa... ¡Amargo recuerdo!

Solo como lección para el momento presente ha podido ser evocado por el señor Blum. ¿La tendrá en cuenta el señor Daladier? Hemos de creer que sí. Nos invita a ello nuestra preocupación por España. Y también por Francia. El señor Daladier no podría consolarse, ciertamente, exhibiendo dentro de unos meses una buena fe que provocaría carcajadas en Roma: "Ya están los italianos y los alemanes instalados a lo largo de los Pirineos; sus bases navales y aéreas de las Baleares cortan nuestras comunicaciones mediterráneas; el Africa francesa está amenazada; Francia es una nación sitiada; pero hemos cumplido con la mayor buena fe el acuerdo de No Intervención".

Queremos demasiado a Francia para desearle ese destino. Nos sentimos solidarios de sus intereses en el Mediterráneo. Ello nos autoriza a hablar con claridad sobre riesgos y peligros que nos son comunes.